

## Memoria y cuerpo en el contexto de violencia en México.

Unos titulares de la prensa resaltan lo siguiente

*México vuelve a romper récord de violencia en primer trimestre de 2019 (El Economista). México tiene el mayor aumento de violencia de todo el hemisferio en la última década (Animal Político). La Fiscalía nombra a un titular para el “caso Ayotzinapa” después de salir el vídeo de la tortura de un detenido (El País). Al inicio de 2019, México registra 40,180 personas desaparecidas (Expansión Política). Ocupa México primer lugar de América Latina en feminicidios: Al. (La Jornada).*

No es novedad que México está sumido en una situación de violencia crítica desde hace más de 12 años, sin importar la fuente, las cifras y noticias son realmente alarmantes. Periodistas, comunicólogos, politólogos, antropólogos, sociólogos, criminólogos y muchas disciplinas más, han buscado tratar de incidir o dar una explicación a la situación actual del país. El psicoanálisis, disciplina o no, que no sea la excepción.

AUTORA

Ana de la Garza  
Psicoanalista. Egresada CPM-GDJ  
Fecha de recepción: 4/11/2019  
Contacto: anexon89@hotmail.com

Freud escribió en 1921 *Psicología de las masas y análisis del yo*, en donde explica porqué un fenómeno social atañe al psicoanálisis:

La oposición entre psicología individual y psicología social o de las masas, que a primera vista quizá nos parezca muy sustancial, pierde buena parte de su nitidez si se la considera más a fondo. Es verdad que la psicología individual se ciñe al ser humano singular y estudia los caminos por los cuales busca alcanzar la satisfacción de sus mociones pulsionales. Pero sólo rara vez, bajo determinadas condiciones de excepción, puede prescindir de los vínculos de este individuo con otros. En la vida anímica del individuo, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo, y por eso desde el comienzo mismo la psicología individual es simultáneamente psicología social en este sentido más lato, pero enteramente legítimo. (Freud, 1921, p.67).





Mediante la exposición de dos casos, uno clínico, que pretende dar cuenta de lo vivido en el consultorio y otro social que analiza los componentes de un movimiento, ambos intentos de reparación frente a una realidad que desgarró, seguiré el hilo de dos conceptos estudiados a profundidad por la teoría psicoanalítica: el cuerpo y la memoria.

El caso social, el primero que expondré puesto que es el que presenta mayor distancia frente a la teoría psicoanalítica, es referente a la Glorieta de las y los Desaparecidos de la ciudad de Guadalajara, Jalisco.

La glorieta en cuestión no fue como tal construida a la memoria de las y los desaparecidos, de hecho se construyó para conmemorar a Los Niños Héroes de Chapultepec. Podemos recordar la historia de Los Niños Héroes que se estudia en la escuela y se conmemora año con año el 13 de septiembre, y que es sobre los cadetes de la escuela militar que defendieron el Castillo de Chapultepec contra el ejército de los Estados

Unidos. Desde hace unos años la historia ha dejado de ser contada y estudiada como un hecho verídico.

Citando a Guenther: “La creación y mantenimiento de memorias colectivas estratégicamente útiles pueden ser logros importantes para movimientos sociales” (2012, p.159). La historia de los Niños Héroes es creada y mantenida para rescatar el nombre del ejército mexicano.

Los ciudadanos de Guadalajara deciden tomar una glorieta llenándola de lonas, escritos, monumentos, fotografías, todo referente a familiares y jóvenes desaparecidos. Cambia a los cadetes que presumía el Estado por los rostros de jóvenes que este no quiere recordar. No es necesario un monumento, se toma uno prestado, uno que ya no representa a la población, que de hecho indigna pues pareciera ser el mismo ejército o policía el que desaparece y mata a estos jóvenes.



El Estado ya no puede negarlos, pero los convierte en cifras, en bajas de una guerra contra el narcotráfico que desde hace mucho dejamos de entender, que se ha vuelto un miedo constante de caminar por las calles. ¿Quién me hará daño ahora? ¿Seguiré yo? ¿Mi hermana? Nos hemos reducido a lo que Butler (2012) llama *vida desnuda* donde no hay protección para los cuerpos.

A pesar del miedo y desprotección que imperan actualmente en el país, la gente se organiza, se junta, presta su cuerpo para recordar y dar cuerpo a aquellos que no encuentran. Así es como se construye este memorial.

Un monumento que no fue planeado ni diseñado, fue sobrepuesto a otro. La gente de Guadalajara se niega a olvidar que hay personas que no encontraron, que se llevaron y no han vuelto, se resisten a que se vuelvan un número más, una estadística que justifique el ejército en las calles.

Al pasar por la glorieta se puede encontrar una memoria sobre otra, una creada en algún momento para recordar que valía la pena luchar por la “patria”, por la “bandera”,

por instituciones como el ejército. Y otra que recuerda que la patria no son el ejército ni las instituciones, sino todas esas vidas a las que no han sabido proteger, cuidar y en casos en que han estorbado se han deshecho de ellas. A diferencia de otros países sudamericanos como Chile, Argentina o Nicaragua, quienes tenían una dictadura, un enemigo común y claro, que si bien era el propio país quien desaparecía y mataba a su gente, la caída de un gobierno pudo ser la solución. Los trabajos de estos países hablan de reconstrucción de memoria, de justicia restaurativa y comisiones de verdad.

México lleva tres gobiernos, tres partidos distintos y la violencia sigue al alza. El enemigo es difuso: es el gobierno, es el narcotráfico, es el vecino. No olvidamos, recordamos. Recordamos un presente continuo que aún se vive en el país. Todavía no podemos comenzar con la creación de memorias y recuperación de vivencias de esta guerra que nos tiene aterrorizados ya que continúa, así como la desaparición a la que no se le puede poner un punto final, porque aceptar la muerte aún no es posible.



La imagen de algo superpuesto, improvisado, cambiante, es lo que el memorial transmite, de un movimiento que en medio de la guerra o calles importantes en este caso, busca erguirse, no de manera oficial y consolidada sino a través de una construcción continua que espera ser el recuerdo de la vida que tenemos, y recordar que hay otras que no siguen.

México se vive entre la falta y el exceso de cuerpos. Por un lado tenemos los desaparecidos, aquellas personas que nos faltan incluso para despedirlos, enterrarlos y llorarlos, y por otro, las fosas clandestinas que se encuentran semanalmente. Tantos que no se sabe qué hacer con ellos, se apilan en tráileres que dan vueltas sin rumbo alrededor de la ciudad, hasta que gritamos ¡Basta!

Cuerpos, cadáveres, que dan mensajes, que se utilizan para atemorizar. Porque ya no es suficiente solo poner fin a su vida sino que hay que hacerlo de la manera más atroz. Se escriben mensajes a otros de que les espera el mismo destino, pero los mensa-

jes escritos no son los peores, sino los que se interpretan. Los que hacen pensar ¿Qué hizo? ¿Por qué mereció ese destino? ¿Será el mío también?

“Elaine Scarry ha afirmado que el dolor y la tortura buscan “deshacer el mundo”, y robar al ser humano su capacidad de hablar y crear sentido –un sentido que se puede compartir con otros seres humanos–” (Theidon, 2011, p.5). Contra ese deshacer el mundo hay otros cuerpos que se congregan, que se prestan para crear sentido, eso es lo que ha hecho la Glorieta de las y los Desaparecidos, porque es importante, a pesar de que no estén con nosotros, ponerles un artículo, una imagen, dejarles un tejido.

Porque al ser nombrada Glorieta de Las y Los Desaparecidos, se evidencia la diferencia. Se sabe que no todas y todos los recordados tienen la misma historia, la misma razón para estar ahí.

Las mujeres que fueron llevadas simplemente por ser mujeres, por ser una



moneda de cambio en esta guerra, porque entre rivales otra manera de transgredir al otro es tomar a “sus” mujeres. Y los jóvenes, la población más vulnerable, pero también los principales perpetradores de la violencia.

Por ejemplo, Falcón (2018) hace un análisis del monumento El Ojo que Lloro en donde se representan a las víctimas del Conflicto Armado Interno de Perú, una lucha contra el terrorismo en los años 1980 a 2000. En este enfrentamiento se encontraba un grupo terrorista llamado Sendero Luminoso, quienes tuvieron un número considerable de víctimas. Falcón (2018) se pregunta:

¿Quién es la legítima víctima de este conflicto interno? ¿La muerte de Senderistas amerita el mismo reconocimiento y duelo en este espacio? [...] Respecto a lo que me refiero con “estatus de víctima merecida”, la controversia alrededor de la inclusión de las víctimas de los Senderistas en el memorial resultó en excluir a los Senderistas del memorial pues no eran víctimas verdaderas (Falcón, 2018, p.11).

El tema de las vidas dignas de ser lloradas, dignas de ser vividas que expone Butler (2012) aparece en esta glorieta. De los más de 3,000 desaparecidos en Jalisco son solo un centenar de familias las que buscan, denuncian y marchan por sus familiares. ¿Qué pasa con el resto? ¿Es que nadie les llora? ¿Nadie los recuerda?

“Seguro estaba en algo”, “tenía amigos muy pesados”, “iba por mal camino”, todas estas expresiones que hacen que la búsqueda y ausencia traigan consigo miedo y vergüenza.

Quizás, las personas para protegerse prefieren pensar así, para poder estar exentos de la siguiente atrocidad.

Sin embargo, si alguien está en algo, tiene amigos pesados o va por mal camino o incluso mató a alguien o colaboró en otras desapariciones. ¿Merece desaparecer, dejar de vivir? ¿Merece ser recordado o llorado? Tal vez el problema es anterior, es que debieron tener una vida digna de vivir, por eso siguiendo a Butler (2012): “es importante emerger juntos en formas que reclaman y alteran la atención del mundo sobre unos fines más bien específicos” (p.15).

Los cuerpos no solo dan mensajes de muerte y terror sino que:

La exigencia es a la vez representada y solicitada, ejemplificada y comunicada. Los cuerpos se congregan precisamente para demostrar que son cuerpos, y para que quede políticamente claro lo que significa persistir como cuerpo en este mundo, qué requerimientos deben ser cumplidos para que los cuerpos sobrevivan, y qué condiciones hacen que una vida corporal, la única que tenemos, sea finalmente digna de vivir. (Butler, 2012 p.16).

Los habitantes de Guadalajara, de México, se congregan para recordar, para resistir no con las armas sino con la memoria esta guerra. Esta guerra que aún no termina, que aún no se puede recuperar y construir sobre ella. Pero sí se puede evidenciar, plantar sobre el engaño, mostrar la historia que no quieren que sea contada.



Así, la Glorieta de las y los Desaparecidos queda como la narrativa de que no se permitirá que se olvide que miles de mujeres, jóvenes, adultos y cuerpos no están donde deben estar, no tienen una vida digna de vivir y que como se lee orgullosamente en el antiguo monumento a los Niños Héroes “Murieron por la Patria”, que lejos de orgullo merece una pregunta por la patria que estamos construyendo que desaparece y desgarrar.

¿Qué puede hacer el psicoanálisis frente a esta realidad? ¿Es viable quedarnos en el consultorio? ¿Tendrá algo pertinente que decir acerca de esta situación? ¿Podrá incidir de alguna manera en el sufrimiento de un país?

El caso por caso no puede ser olvidado, y tal vez es el análisis donde se les dé nombre a estos “familiares de desaparecidos” para convertirlos en Pedro, Juanita, Pancha, etcétera, para escuchar historias y no estadísticas.

El segundo caso, el clínico, lo denominé así porque buscó una escucha, un espacio dentro de un consultorio. Tiene nombre, edad, historia e hijos, pero aparece en este escrito porque le falta uno de ellos.

Su nombre es Daniela. Ella llegó por un dolor, la desaparición de su hijo, al cual ya no podía buscar porque era peligroso hacerlo. Narraba su dolor en el cuerpo, la atravesaba, iba con doctores, pero los medicamentos solo la adormilaban, se sentía “como muerta” decía.

Un año de desaparecido llevaba su hijo, ella sabía que había sido *levantado, por robar para comprar drogas, por ir en malos pasos*. Acompañando a su dolor se encontraba la culpa, la impotencia y el miedo.

En las sesiones o encuentros hablaba de dolores corporales y de la falta que le hacía el cuerpo de su hijo: *si tan solo hubiera tenido un pedazo de playera para enterrar*. Digo hablar porque es difícil describir el llanto



continuo que parecía no podía ser contenido, pensando aquí en la contención como una de las principales funciones del cuerpo.

Los dolores eran poco focalizados, un día era una franja que le atravesaba el pecho, otro día una sensación de estar partida por la mitad. En todos los dolores narrados, estaba partida. Me parecía que ella prestaba su cuerpo, a la falta de cuerpo de su hijo, le dolía en el cuerpo el no-cuerpo; le dolía la partida de su hijo.

Esta escucha en particular me hizo preguntarme cuál era mi lugar ahí, cuál era mi función en esta escucha del llanto incontenible y los dolores corporales; de pronto yo sentí. —escribo sentí con toda la intensidad somática— que lo que yo aportaba era una presencia, un cuerpo. Que no era solo mi escucha la que se jugaba ahí, sino mi oído, oreja y todo el cuerpo, un cuerpo que también sentía dolor, un dolor sentido como mujer acompañando a otra.

Daniela me recuerda a Eulogia, una mujer que da su testimonio y que Theidon (2011) recupera en su texto *Género en transición: sentido común, mujeres y guerra*: Eulogia no podía recurrir al lenguaje: no podía poner palabras a su dolor; no podía denunciar la injusticia. Eulogia también aparece en mis recuerdos: es imposible borrar la imagen de una joven gritando con todas sus fuerzas pero incapaz de decir nada. (p.5).

El verdadero reto del psicoanálisis es seguir escuchando las historias, recordar que el trauma es subjetivo, que no hay dos vivencias iguales, y que no hay una configuración subjetiva de los familiares de desaparecidos o víctimas de



• Fotografía de Raziel Javier Uranga Arriaga

la violencia en México. Pero también a no ignorar que estamos inmersos en un contexto, en un evento histórico que nos convoca y nos presenta rutas para pensar la intervención o la construcción teórica psicoanalítica como lo hicieron por ejemplo Bion y Rickman, quienes desarrollaron un trabajo grupal con los soldados en el hospital militar de Northfield en el contexto de la Segunda Guerra Mundial.

Algunos nos hemos encontrado con la problemática *frente a frente* en el consultorio, otros simplemente la vivimos con el miedo a caminar solos por la noche, y otras en la costumbre de escuchar sobre asesinatos cada mañana en las noticias. Sin embargo los escritos de nuestros compañeros sudamericanos nos hacen pensar que el trabajo de elaboración subjetiva, por escribirlo de alguna manera, apenas comienza. Una vez que los procesos legales terminan y el miedo cede para retomar la vida cotidiana, son necesarios mecanismos de resignificación y reconfiguración subjetiva.

¿Cómo podemos pensar el tiempo entre el *fort* y el *da* cuando se convierte en años? ¿Qué escuchamos cuando los sueños traumáticos no terminan al despertar sino que continúan? ¿Cómo se soporta la pérdida del cuerpo que dio posibilidad de un yo? ¿A dónde se va el exceso de energía que llega al aparato psíquico en un flujo continuo?

Cuerpo y memoria son dos conceptos en los que los casos convergen, ambos conceptos trabajados ampliamente por el psicoanálisis, hilos que podemos seguir para la construcción posterior de líneas de investigación. 

## Referencias

- Butler, J. (2012). Vulnerabilidad corporal. Coalición y la política de la calle. *Nómadas* (46), pp. 13-30.
- Falcón, S.M. (2018). Intersectionality and the Arts: Counter public Memory-Making in Postconflict Peru. *International Journal of Transitional Justice*, 12 (1), 26-44.
- Guenther, K. (2012). A movement without Memory: Feminism and Collective Memory in Postsocialist Germany. *Mobilization. International Journal*, 17 (2): 157-174.
- Theidon, K. (2011). Género en transición: sentido común, mujeres y guerra. *Cuadernos Pagú*, (37), pp. 43-78.

